

# Luis Jaime Cisneros y sus clases memorables

**Luis Rivas Rivas**

Sorprendidos, descubrimos aquella mañana –hoy, ya remota– que nuestra lengua materna, que desde la infancia suponíamos tan familiar, era sorprendentemente rica en atributos de gran intensidad expresiva; dimensiones del habla que hasta entonces no habíamos sospechado y que nuestro profesor, Luis Jaime Cisneros, explicaba ante nuestra atención estupefacta.

Las peculiaridades de la fisonomía fonética, léxica y sintáctica de la lengua española se nos mostraban con particular relieve, no sólo por la transparencia en el desarrollo conceptual de la clase, sino, sobre todo, por la eficacia comunicativa de cada enunciado del profesor. La dicción perfecta, las inflexiones de la voz, la melodía impresa en sus frases cargaban a éstas de sentido y mostraban, en su convergencia, un ejemplo muy ilustrativo del buen decir.

Todo esto ocurría en un aula de La Cantuta (1958). El profesor disfrutaba igualmente de la clase porque la procedencia de los alumnos era diversa (nuestra Alma Mater funcionaba en base a un sistema de becas departamentales) y, gracias a ello, en el diálogo con nosotros el doctor Cisneros recogía, con regocijo –como él solía decir–, el testimonio vivo de las variantes dialectales y las peculiaridades de acento que la lengua española adquiriría en las distintas provincias del país.

Hoy, tras la partida del maestro inolvidable, se ha comentado bastante su fecundo quehacer en la Universidad Católica y en la de San Marcos. Pocos han recordado que también en La Cantuta brindó con generosidad el aporte de su docencia esclarecedora y el ejemplo de una conducta cívica siempre orientada a los altos valores del espíritu y siempre afanosa de motivar en sus alumnos un agudo sentido de análisis y de capacidad crítica. Con él aprendimos que el balance del quehacer universitario no se mide por la cantidad de autores que podemos citar sino por el fruto de la propia e incesante labor reflexiva a la que lecturas fértiles nos han convocado.

Y cuando llegaron las horas difíciles, aquellas en las que el gobierno intentó avasallar a La Cantuta despojándola de su categoría universitaria, el doctor Luis Jaime –como solíamos llamarle– fue uno de los más ardorosos defensores de la institución. En 1959 un senador de apellido Manchego consiguió que su Cámara aprobara un

proyecto de Ley (que después fue rechazado en la Cámara de Diputados) para el logro de los designios oficiales. Profesores y alumnos rechazamos con vigor tal pretensión. Y aún recuerdo algunas frases del discurso vibrante de Luis Jaime Cisneros: “Esta noche, en el Senado –dijo–, las voces de la razón han sido derrotadas por los argumentos miserandos, la sintaxis deplorable y la inmejorable ignorancia del señor Manchego. Un “manchego”, que no es el venerable aquel en quien aprendimos a gustar la lengua española, y que no alcanzaría siquiera a ser émulo de Sancho Panza”.

La docencia del doctor Cisneros se proyectó a escenarios más vastos que el aula universitaria mediante las obras y de las revistas especializadas que publicó, pero también a través del periodismo, que cultivó con vocación y perseverancia desde su juventud. Al respecto, alguna vez refirió que cuando el entonces Rector de San Marcos, Luis Alberto Sánchez, le confió la Dirección de la Escuela de Periodismo, él fue a exponerle que tal vez había una equivocación pues su especialidad era la filología, no el periodismo. Pero Sánchez le respondió: “Déjate de candideces. Tú llevas el periodismo en la sangre”.

En efecto, nacido el 28 de mayo de 1921 en Lima, el Dr. Luis Jaime Cisneros descendía de una estirpe ilustre de cultores de las letras, incluido el periodismo. Su abuelo, el poeta romántico Luis Benjamín Cisneros fue, con Ricardo Palma, uno de los fundadores de la Academia Peruana de la Lengua. Su padre, Luis Fernán Cisneros, fue un diplomático, poeta y periodista notable. Este último quehacer lo desarrolló principalmente en el diario “La Prensa” (fue, en ese diario, el jefe inmediato del poeta y periodista chiclayano –adolescente entonces– José Lora y Lora, a cuyo trágico deceso dedicó conmovidas remembranzas). Hombre de sólidas convicciones democráticas, con su pluma Luis Fernán Cisneros combatía a las dictaduras y, a causa de ello, fue exiliado por la dictadura (1926) a la Argentina.

Por tal razón, desde los cinco años de edad, Luis Jaime Cisneros se educó en ese país. En la Universidad de Buenos Aires siguió estudios de Medicina y de Filosofía y Letras. De retorno al Perú, en 1947, se doctoró en Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Y en la misma casona sanmarquina se inició como docente universitario en 1948. Prevaleció en su interés la Filología Románica y –discípulo brillante de Amado Alonso– renovó en el país los estudios literarios con la aplicación de métodos estilísticos, y generó, en el ámbito académico, un interés creciente en los estudios de Lingüística, a los que abrió un horizonte fecundo.

Luis Jaime Cisneros fue Presidente de la Academia Peruana de la Lengua durante doce años, desde 1992 hasta el año 2004. Obtuvo en tres oportunidades el Premio Nacional de Cultura (1948, 1957, 1963). Recibió diversas condecoraciones en el Perú y en otros países como Francia y Chile. Fue académico correspondiente de la Real Academia Española, de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, de la Academia Argentina de Historia, así como Profesor Emérito y Doctor *Honoris Causa* de diversas universidades.

Desde que fundó con Aurelio Miró Quesada (1948) la revista *Mar del Sur* hasta la revista *Lexis* (órgano de la Sección Lingüística de la PUCP), Luis Jaime Cisneros estuvo siempre vinculado, como director o colaborador, a una vasta relación de revistas especializadas de nuestro Continente y del Viejo Mundo.

Entre las obras y estudios que publicó figuran : *El Lazarillo de Tormes* (Buenos Aires, 1946); *Lenguaje* (Lima, 1952); *Appendix Probi* (Lima, 1957); *Formas de relieve en el español moderno* (1957); *El estilo y sus límites* (1958); *Lengua y estilo* (Lima, 1959); *Lengua española* (3 volúmenes, 1962); *Temas lingüísticos* (1964); *Lengua y enseñanza*, (1969); *Dos notas sobre Palma : americanismos y barroco* (1982); *El funcionamiento del lenguaje* (1991, 1995); *Mis trabajos y los días* (2000). Asimismo, escribió el prólogo y las notas para la reedición del *Apologético en favor de don Luis de Góngora* (1662), de Juan de Espinosa Medrano.

Al valioso aporte de su docencia universitaria y de sus libros se agregó siempre, como aula complementaria, el de sus artículos periodísticos, preocupado siempre por el futuro de la juventud, del país, del mundo. En sus reflexiones recientes escribía: "Promover la lectura es hoy una responsabilidad de toda institución, esté o no entregada a la pedagogía. Al Perú no sólo le es necesario que no haya analfabetos sino que haya ciudadanos cultos, que hayan hecho de la lectura, en la escuela y fuera de la ella, arma de combate contra la negligencia y la ignorancia. Una sociedad abierta al conocimiento y a la información es un mundo urgido de una actividad inteligente constante y eficaz. Para que esta realidad sea fruto de un empeño estatal, la escuela asume grave responsabilidad, ajena a todo tipo de improvisación".

Otra de sus preocupaciones era el imprescindible rol que en la educación universitaria corresponde a las Humanidades. Por eso, en su comentario al volumen "El futuro de las Humanidades", publicado por la Universidad Católica, decía: "La enseñanza superior está en crisis, y no hay acuerdo sobre el límite que hoy tienen las Humanidades". Y luego, tras un análisis de las conclusiones del Coloquio que recogía el libro citado, suscribía estas palabras de Martha Nussbaum, de la Universidad de

Chicago: “Vivimos en un mundo dominado por el afán de lucro. El afán de lucro sugiere a los preocupados políticos de muchas naciones que la ciencia y la tecnología son de importancia crucial para la salud futura de las naciones. Mi preocupación es que otras habilidades, igualmente cruciales, se encuentren en riesgo de perderse en la ráfaga competitiva; habilidades cruciales para la salud de cualquier democracia a nivel interno, y para la creación de una cultura mundial decente. Estas habilidades están asociadas con las humanidades y las artes; la habilidad de pensar de manera crítica; la habilidad de trascender lealtades locales y aproximarse a los problemas mundiales como un ‘ciudadano del mundo’ y, finalmente, la habilidad de imaginar de manera empírica los problemas de otra persona”.